

LOS POLÍTICOS Y LA FIDELIDAD A SUS CONCIENCIAS **-Un testimonio para meditar ante las elecciones generales del 2007-**

*La conciencia es el primero
de los vicarios de Cristo
(Cardenal Newman¹)*

En 1866 los republicanos del Senado de los Estados Unidos promovieron contra el Presidente Andrew Johnson (Partido Demócrata) un injusto juicio político que fracasó por solamente un voto. El responsable de ese voto fue el senador republicano de Kansas Edmund Ross.

La historia del episodio² dice que la expulsión de Johnson exigía que 36 de los 54 senadores que componían el Senado votasen por la destitución; pero de los 54 senadores había 12 demócratas decididos a defenderlo y, para desventura de los mismos republicanos, en una reunión preliminar interna 6 de sus senadores manifestaron que siendo las pruebas injustas e insuficientes no pensaban apoyar la expulsión.

Los 36 senadores restantes constituían el número justo, ya que si todos votaban por la destitución de Johnson, éste sería depuesto. Pero de los 36 sólo 35 manifestaron públicamente su intención de votar contra Johnson, pues Edmund Ross mantenía un silencio cargado de incógnita. Y aunque sus colegas republicanos, junto al pueblo de Kansas, comenzaron a presionarlo para saber qué haría, mantuvo un silencio de ultratumba hasta el mismo momento de la votación.

Unos días antes le llegó desde Kansas una carta colectiva: *Kansas está convencida de la culpabilidad del Presidente y reclama su condena. Firmado: Anthony y otros mil...* Respuesta: *Al Señor Anthony y sus otros mil: No reconozco vuestro derecho a reclamar que yo vote a favor o en contra de la condena. He prestado juramento de juzgar con imparcialidad conforme a la Constitución y las leyes, y confío en que llegado el momento tendré el coraje de votar de acuerdo con los dictados de mi razón y por el mayor bien del país. Ross.*

El día de la votación, Ross recordaba que el ambiente del Senado era intimidante: *Sentí que desaparecían el ruido de las pisadas, el murmullo producido por el roce de las sedas, el vaivén de los abanicos y el rumor de las conversaciones, y fue entonces cuando al ver en mi mente la imagen del interior de mi tumba abierta, sentí más que nunca la importancia de actuar en conformidad a mis convicciones, y por eso, siendo consciente de que la presión de los intereses partidarios estaban a punto de transformarme en un político miserable, me encomendé a Dios, y con una*

¹ De la *Carta al Duque de Norfolk*, tal como viene citada por el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 1778).

² Los detalles históricos del hecho fueron recogidos del libro del ex-presidente de los Estados Unidos de América, John Fitzgerald Kennedy: *Perfiles de coraje*, Plaza & Janes, Barcelona, 1964, pp. 92 y ss.

voz que no podía no ser escuchada, afirmé con acento pleno, terminante, firme, inequívoco y definitivo: ¡Inocente! Y luego: Este gobierno ha hecho frente a un peligro muy insidioso..., el de ser controlado por los peores elementos de la política norteamericana..., porque si Andrew Johnson no fuera absuelto por un voto de su partido adversario..., los Estados Unidos caerían en la peligrosa e intolerante amenaza de los gobiernos partidistas y antipatrióticos que tienden a perpetuarse en el poder alimentando intereses egoístas.

Ross era conciente de que su voto absolutorio daba por terminada su carrera política. De hecho, ni Ross ni ninguno de los otros 6 republicanos que votaron por la absolución volvieron a ser reelegidos. Es más, fueron desterrados de la política, y, en algunos casos, amenazados en su vida física, familiar y patrimonial. Pero fieles a la Nación, y pese al aborrecimiento que le tenían a Johnson por motivos distintos a los de la acusación formal, prefirieron perderlo todo antes que cometer perjurio. De hecho, cuando Ross volvió a Kansas en 1871, él y su familia fueron objeto de un completo ostracismo social, ataques personales e indigencia económica.

De los otros 6 republicanos que votaron como Ross, William Fessenden (Estado de Maine) pese a que recibió serias amenazas de asesinato, dijo: *Sea lo que fuese lo que yo piense y sienta como político, no decidiré la cuestión contra mi propia conciencia. Preferiría ser confinado a plantar coles para el resto de mi vida..., y confío en que el tiempo le hará justicia a mis buenas intenciones. Y ante una carta en que se lo presionaba, su respuesta fue: Deseo que todos mis amigos y electores entiendan que soy yo, y no ellos, quienes forman parte del tribunal que juzga al Presidente; que soy yo, y no ellos, quien afronta la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, tanto de mis acciones como de las consecuencias que se deriven.*

Por su parte, John Henderson, de Missouri, ya había demostrado su valor cuando, pese a ser sureño, aprobó la abolición de la esclavitud. Pero cuando la totalidad de la delegación de representantes republicanos de su Estado lo conminó para que votase por la destitución, su tradicional coraje vaciló. Afortunadamente un telegrama insolente procedente de Missouri le devolvió el sentido del honor, por lo que se rehizo y respondió: *Decid a mis amigos que juré hacer justicia imparcial de acuerdo con la ley y con mi conciencia, y que trataré de obrar como un hombre honrado.* Amenazado de asesinato, y quemada su efigie en Missouri, nunca podría volver al Senado.

El indeciso Peter Van Winkle, senador de Virginia Occidental, era un *Don Nadie*, pero con voz clara dijo ¡*Inocente!*, y de este modo extinguió el último débil rayo de esperanza que Ross no había destruido del todo.

Lyman Trumbull afirmó: *No se trata de decidir si Andrew Johnson es persona apropiada para el ejercicio del cargo de Presidente, ni si es conveniente que permanezca en el mismo; de lo que se trata es de que una vez que ha sido establecido el ejemplo de juicio político al Presidente de la Nación por causas que la historia considerará insuficientes, esto hará que todo Presidente que considere que en conciencia deba diferir con una mayoría en la Cámara de Representantes y con dos tercios en el Senado sobre cualquier medida considerada por ellos importante, se sienta gravemente intimidado para hacerlo..., y entonces ¿qué será de los frenos y contrapesos de la Constitución?*

Joseph Fowler, de Tennessee, votó tartamudeando de tal modo que al principio algunos pensaron que había dicho ¡*Culpable!*!, por lo que muchos explotaron de alegría, pues ya no hacía falta el voto de Ross. Pero en realidad Fowler tartamudeó porque sabía que no sólo se jugaba su carrera política, también su seguridad económica, física y familiar. Por eso, cuando el Presidente del Senado le pidió que repita su voto, reponiendo sus nervios dijo con voz enérgica e inequívoca: ¡*Inocente!*

James Grimes era el más áspero adversario de Johnson, pero al percatarse de que el juicio montado era una patraña de mentiras, se opuso, y fue tan calumniado por anunciar públicamente su voto en pro de la absolción, que las tensiones nerviosas suscitadas a raíz de los agravios le produjeron una seria parálisis. Los republicanos amigos se alegraron porque consideraron que era la excusa perfecta para ausentarse de la sesión por motivos de salud e impedir que se logren los votos necesarios para la destitución, lo que le permitiría a Johnson permanecer en la Presidencia y a él ser reelecto en el Senado. Pero Grimes era hombre de visión histórica y magnánima de la función pública, y pese a que Johnson le desagradaba profundamente, no quiso abandonar a los otros 5 republicanos que habían anunciado su voto de inocencia, y aquel célebre 16 de mayo, se hizo llevar en vilo por cuatro de sus más incondicionales amigos para sentarse en su escaño como senador de Iowa. El público lo vio aparecer en el recinto llevado aparatosamente. Años después diría que al entrar se cruzó con Fessenden, quien le estrechó la mano y le dirigió una *gloriosa sonrisa* cuyo recuerdo juraba no cambiar por nada en el mundo. Cuando le correspondía votar, se le dijo que dado su estado de salud podía hacerlo sentado, pero ayudado por sus amigos quiso ponerse de pie, y con mirada decidida exclamó con voz estruendosamente firme: ¡*Inocente!* Y añadió: *Lamento que haya senadores republicanos tibios y cobardes que también lo crean inocente al Presidente Johnson, y que aunque no estén de acuerdo con el procedimiento, voten por la destitución movidos por miedo a perder la carrera política; y que voten por la destitución con tanta prisa en unirse a las filas de los enemigos de sus conciencias, que no tengan miedo alguno*

de tropezarse con las tumbas políticas de los camaradas que hemos caído solo por votar a conciencia.

* * *

Me he permitido reseñar esta historia, porque tal como afirma Bernard Shaw, es necesario despreciar a ese tipo de hombres públicos que constituyen *un conjunto de serviles contemporizadores diestros solamente en el arte de mancillar su trabajo por dádivas económicas, o de corromper su actividad por oportunismos en la carrera profesional, o enmohecer su labor por no perder el propio trabajo; y también por secretas e incomprensibles maquinaciones podridas por una permeabilidad egoísta carente de todo principio ético inalienable.*

Hoy día, más que nunca, Argentina necesita funcionarios con el temperamento del citado senador James Grimes: *Estoy determinado a comportarme de modo que mis actos reciban siempre la aprobación de mi conciencia.* Y si esta historia fue famosa en todo el mundo, eso se debe al hecho de que el pueblo norteamericano en aquel entonces valoró no tanto a los hombres públicos pillos o avispados, sino a los de carácter y convicción.

Finalmente diré que ante el próximo año electoral que vivirá nuestro país, tanto los funcionarios como los ciudadanos deberían:

- 1) Estimar a los políticos que actúan a conciencia.
- 2) Apreciar a los políticos que se esmeran por formar la propia conciencia.
- 3) Comprender la grave responsabilidad que la clase política tiene de formarse en todo lo referente a la bioética, el matrimonio y la familia (especialmente legisladores y jueces). Y valorar a los políticos que, votando en conformidad con los dictados de su conciencia atada a un juramento, evitan tanto el perjurio de ir contra sus dictados como la cobardía de abstenerse.
- 4) Para que Argentina sea gobernada por funcionarios de carácter y valor, es necesario que la gran mayoría de sus habitantes reflejemos estos aspectos en nuestras propias vidas.

Si en la Argentina del futuro tenemos una clase gobernante llena de políticos valientes o pusilánimes, esto será porque a la hora del voto los argentinos admiramos a los hombres públicos que actúan a conciencia, y despreciamos la cobardía de los políticos pusilánimes ante las presiones del poder o la tentación del propio e injusto beneficio económico.